

CAPÍTULO XV

- La situación política en Rusia y los partidos revolucionarios.**
 —Nuestra sociedad.—Día de fiesta.—Visitas prohibidas.
 —Una lección de cortesía.

En la época de que yo hablo, la política reaccionaria del nuevo zar se manifestaba con claridad. Habían transcurrido dos años desde la elevación de Alejandro III al trono, y la prueba de sus desaciertos se encontraba en mil casos sangrientos: en la protección que tenían acordada á los perseguidores de los judíos, como había pasado en muchas ciudades de SO. del imperio; en el nombramiento del conde Demetrius Tolstoi, execrado de todos, para ministro del Interior, y en la institución del nuevo reglamento para las universidades, tan odioso á los profesores como á los alumnos.

A pesar de todo, había aún incurables optimistas que esperaban y se creían en un período de transición y que bien pronto las reformas radicales se impondrían.

Un número incalculable de gentes instruidas, abogados, médicos, etc., en la conversación que tuve con ellos, hacían conjeturas políticas lisonjeras.

—Verá usted—me decían todos—como antes de cinco años tenemos la Constitución.

La juventud revolucionaria participaba también de esperanzas. Muchos creían que de un día á otro los terroristas nos desembarazarían de Alejandro III como lo habían hecho con su padre, y que entonces la Constitución se pondría en vigor.

—Antes que hayamos llegado al lugar de nuestro destino, habrá muerto Alejandro III—afirmaban con convencimiento los jóvenes.

Esta ilusión tenía algo de bueno, se soportaba mejor el fardo y no se perdía el valor. Pero todos nuestros castillos en el aire no debían tardar en desvanecerse.

La «Narodnaja Volja» estaba próxima á desaparecer definitivamente, y apenas si los terroristas eran ya un peligro para el gobierno. Los miembros de estas asociaciones revolucionarias habían muerto ó languidecían en las prisiones; los que venían después de ellos no tenían las cualidades necesarias para sostener una lucha de este género. La policía sabía tender mejor sus redes y no dejar á los jóvenes conjurados tiempo de probar sus fuerzas. La mayor parte de los organizadores, mal preparados y mal conducidos, se dispersaban antes de ponerse de acuerdo.

La unidad y la fuerza de cohesión faltaba á los varios grupos.

En 1884, diferentes secciones buscaban el medio de reformarse. Los miembros de la «Nouvelle Narodnaja Volja» ejercían el terrorismo persiguiendo con bombas y á puñaladas á los directores, administradores, agentes de negocios y funcionarios de todas clases, que consideraban como explotadores ó perseguidores del pueblo ruso.

Eran ellos los *bombistas*, que tenían la bomba como el solo medio de inspirar temor. Había

también los *militaristas*, que ponían toda su esperanza en una conjuración militar, y en fin, apareció un nuevo grupo, el grupo «Social Demócrata», al que yo pertenecía. Todos estos diferentes matices de opinión estaban representados en nuestra cárcel. Esto daba lugar, naturalmente, á debates muy calurosos, pero que terminaban siempre de una manera amistosa.

A pesar de la diversidad de ideas, nosotros formábamos, por decirlo así, una gran familia, donde no había ni nobleza, ni pueblo, ni ricos, ni pobres; todos eran iguales, todos vivían con el mismo pie y no se ocupaban de saber si se era de alto ó de humilde nacimiento.

El régimen alimenticio á que estábamos sometidos era objeto de todas las quejas: hasta los menos descontentadizos y más fuertes no podían tomar una cucharada de caldo del que nos llevaban á mediodía en escudillas de madera, por su olor insoportable. Los subsidios dados por el gobierno para el alimento de los prisioneros son escasos, y se reducen aún más al pasar por las manos de tantos altos y bajos empleados, que han elevado el robo al estado de institución. Por eso las grandes calderas en que se cocía el alimento para los millares de presos se llenaban de desperdicios de la peor especie.

Después de haber procurado en vano someternos á este régimen, nos resolvimos á mantenernos á nuestras expensas y formamos una especie de sociedad cooperativa, escogiendo por administrador á ese Lazareff, que el conde Tolstoi había estado á visitar. Todos los fondos que teníamos con nosotros, los que habíamos confiado á los funcionarios de la prisión y los que nos enviaban parientes y amigos fueron entregados á Lazareff, á

condición de que él cuidara de nuestra mesa y de que todos los compañeros de miseria fuesen tratados igual. Por la mañana nos daban té con leche y pan á discreción; á mediodía dos platos y á la noche de nuevo té y pan. Resolvimos nombrar jefe de cocina á un preso por delito común. No se podía decir que nuestra mesa era lujosa, pues teníamos recursos muy limitados.

El pobre administrador se quebraba la cabeza para llenar sus funciones con lo poco de que disponía; por último, tuvo la idea de comprar carne de caballo, porque la de buey costaba demasiado cara (cinco *copeks* la libra, si no me equivoco) y la de caballo estaba á la mitad de precio. Resolvimos probar. Esta carne nos pareció comestible, aunque un poco correosa y menos agradable al paladar.

Dos ó tres sólo de entre nosotros declararon que no podían digerirla y les causaba descomposición de estómago.

Como no teníamos medios para otra cosa, recurrimos, de acuerdo con el administrador, á una estratagema. Dijo á los enfermos imaginarios que compraría para ellos buey, y se contentó con presentarles caballo preparado de una manera diferente. El resultado fué el que habíamos previsto: los gastrónomos se mostraron satisfechos de sus *beefsteaks*, y nos manifestaban su pena por vernos comer caballo. Apenas podíamos contener la risa delante de ellos. Esta comedia duró todo el tiempo de permanencia en Moscou, y nuestros golosos no se quejaron de descomposiciones de estómago.

Cuando más tarde se lo revelamos se pusieron furiosos y nos aseguraron haber notado que su comida tenía que un gusto desagradable.

Además de nuestros parientes y amigos, muchas personas desconocidas contribuían á dulcificar nuestra situación material, entre ellas los miembros de la «Cruz Roja para la Revolución». Eran en su mayoría mujeres que, con un celo modesto y digno de todos los elogios, se desvivían por los revolucionarios prisioneros ó desterrados.

Más de un solitario y abandonado ha podido apreciar en su prisión la generosa actividad de estas nobles criaturas.

Yo había visto muchas veces con qué efusión de reconocimiento estos delegados de la Cruz Roja recibían todos los pequeños objetos que se les daban. Nuestro grupo de la cárcel de Moscou había sido especialmente favorecido. Mucho tiempo antes de nuestra partida á Siberia nuestras protectoras nos pidieron que les dijéramos todo cuanto necesitábamos para nuestro viaje. Cuando se piensa que éramos cincuenta y se trataba de un viaje de seis meses, se puede comprender el trabajo de estas mujeres para reunir los millares de objetos que necesitábamos, el tiempo que emplearían y los disgustos á que estaban expuestas.

Estas atenciones y estos cuidados para dulcificar la suerte de los prisioneros tenían algo de conmovedor.

*
* *

En Rusia los días de Navidad y Pascuas son grandes fiestas. Aunque en masa los revolucionarios rusos no sean muy religiosos y muchos de entre ellos no pertenezcan á la Iglesia rusa, tales como los judíos, alemanes y polacos, no es menos cierto que en las prisiones y entre los desterrados

se hace todo lo posible para tomar parte en los regocijos populares. Estos días llevan una agradable diversión á las cárceles.

Los parientes, los amigos y las damas de la Cruz Roja nos enviaban provisiones y golosinas. Pasamos de una manera gozosa la noche del Sábado Santo á la Pascua. Habíamos dirigido al director una solicitud para que nos permitiera estar todos reunidos esa noche, como es costumbre en Rusia. Nos fué concedida y nos reunimos todos, hasta las mujeres, en la división de los condenados por la vía administrativa, donde había más espacio, porque no estaban aislados cada uno en su calabozo como nosotros, sino todos en común.

Entre nuestras provisiones teníamos pasteles de Pascua, huevos, jamón, aves y otras muchas cosas, así como también vino ligero y cerveza. Nuestra mesa tenía un aspecto muy alegre.

Pasamos la tarde y la mitad de la noche de una manera tan gozosa, que se ve raramente en una prisión. El viejo capitán y el inspector estaban allí. Se cantó, se rió y hasta se tocó un armónium y danzaron los jóvenes... Pero á pesar de esta alegría exterior, ninguno olvidaba el sitio donde nos encontrábamos: se recordaba el hogar, donde todos los que amábamos estarían reunidos pensando con tristeza en los ausentes.

*
* *

Esta fiesta fué para los que estábamos condenados á trabajos forzados la ocasión de hacer conocimiento con las señoras que había en la prisión al mismo tiempo que nosotros. Los condenados *administrativos* se encontraban con ellas,

no sólo á las horas de visita, sino también en el paseo, aunque esto estuviese prohibido en el reglamento; pero los condenados á trabajos forzados no tenían derecho de hacer visitas.

A partir de este día, no se respetó el reglamento. Bajo pretexto de que teníamos asuntos en el despacho, nos hacíamos conducir al patio grande. Delante de la puerta, los guardianes nos dejaban, creyendo que íbamos á seguir el corredor, pero nosotros nos íbamos al través de los patios hacia el departamento de las mujeres. El carcelero de este departamento nos suplicaba que nos volviésemos; pero como las señoras estaban cerca de la puerta, podíamos cambiar algunas palabras de amistad con ellas. Al cabo la administración acabó por no ver en esto nada de reprehensible. La prohibición de conversar unos con otros no se observaba, teniendo en cuenta que al cabo de pocas semanas todos los prisioneros políticos debían hacer juntos el viaje á Siberia, y era ridículo aplicar el reglamento de incomunicación.

Los condenados de derecho común no se ocultaban para infringir abiertamente todas las prescripciones. No se contentaban con pasearse en todos los rincones de la prisión; sabían también encontrar acceso al departamento de las mujeres. Llegué á saber que los carceleros é inspectores dejaban pasar á un prisionero toda una noche si les ofrecía dinero.

Sin embargo, los prisioneros políticos gozaban de una ventaja particular. Voy á referir la actitud del personal respecto á nosotros. Cada funcionario, pequeño ó grande, sabía que no podía mostrarse grosero y necesitaba usar alguna cortesía; se sabe que esta categoría de prisionero pertenece á gentes instruidas, privilegiadas; que estos hom-

bres tienen, á consecuencia de su nacimiento, la conciencia del honor, y si por casualidad un empleado de las prisiones lo olvida, se encuentra con enérgicas protestas, y alguna vez han ocurrido sucesos trágicos.

La anécdota siguiente hará comprender cómo nos preocupábamos de obligar á la cortesía á los funcionarios.

Nos habían enviado de Petersburgo un gran dignatario, M. Galkin Wrasski, el más alto funcionario de administración penitenciaria. El exigía de todos sus subordinados un respeto extraordinario, inflado de su importancia, pero no era muy cortés. Nosotros supimos que este señor tenía el hábito de entrar en las celdas con el sombrero puesto, y decidimos que el primero de nosotros á quien visitara le daría una lección.

M. Galkin Wrasski hizo su entrada en la cárcel acompañado de numeroso séquito, entre el que se contaba el vicegobernador de Moscou, príncipe Galitzin. Comenzó su inspección por la torre de Pugatcheff y se presentó en la celda de Peter Dashkiewitch. El antiguo discípulo en la Facultad de Teología de Kiew era un hombre tranquilo, pero al mismo tiempo de carácter firme, que llevaba á un grado extraordinario el sentimiento de la justicia y de la dignidad.

El fué el encargado de dar la lección al pretencioso funcionario. Apenas éste franqueó la celda, dirigió la pregunta de patrón convenido: «¿Tiene usted alguna cosa que hacerme saber?»

Dashkiewitch le interrumpió con gran flemma y le dijo:

—Es usted poco cortés, caballero. Se presenta usted delante de mí con el sombrero puesto.

El alto dignatario enrojé hasta la raíz de

los cabellos, giró sobre los talones y salió de la celda.

Todo el acompañamiento que había asistido á esta lección de urbanidad lo siguió en silencio.

—¿En qué proceso ha sido condenado ese prisionero?—preguntó el alto funcionario bajando la escalera que conducía á nuestros calabozos.

—En el proceso de Kiew—le respondió uno.

—¡Ah! ¡Ah! Era de los revoltosos de allá abajo... —dijo él con tono ligero.

Pero visitó las otras celdas sombrero en mano.

Sin embargo, se vengó de la lección que le habían dado. Dashkiewietch estaba condenado á la deportación en una de las regiones más próximas de Siberia y Galkin Wrasski dió orden de enviarlo á la extremidad opuesta, á la ciudad de Tunka, sobre la frontera misma de Mongolia.

CAPÍTULO XVI

Preparativos de marcha.—Viaje en vapor por el Volga y el Kama.—A Iekaterimburg.—En troika.—Europa y Asia

Llegó la primavera de 1885 y comenzamos nuestros preparativos de viaje. Una cuestión de la más alta importancia surgía para nosotros.

—¿Qué cantidad de equipaje podíamos llevar?

El reglamento ordenaba que los «privados de todos los derechos» no podían llevar más que veinte libras, y el equipaje que teníamos pasaba ya de ese preso; tendríamos que abstenernos de llevar todo objeto personal, y sobre todo que renunciar á los libros.

Era esto una privación cruel; nuestra biblioteca había aumentado en la prisión de Moscou. Tolstoi nos había enviado la colección de sus obras completas en doce volúmenes y una Historia de Rusia en veintinueve tomos. Felizmente la administración decidió que los objetos fuesen pesados en grupo, y como los desterrados por vía administrativa tenían derecho á 180 libras cada uno, y muchos de ellos no llevaban más que un pequeño equipaje, pudimos guardar nuestros efectos.

No se podían introducir en nuestro equipaje obras prohibidas, porque todos los libros eran

hojeados uno después de otro por los empleados de la prisión; un censor había sido encargado de la inspección especial, y nos dió gran idea de su saber.

Era un alto funcionario que había pasado los exámenes de Derecho en la Universidad de Moscou.

Nuestro amigo Rubinok le preguntó si podía llevar *El Capital*, de Karl Marx.

—¡Cómo! ¿usted lleva el capital de otro?—dijo el funcionario sorprendido.

—No del todo, porque es de mi propiedad—replicó Rubinok.

—Si ese capital es de usted, puede, naturalmente, guardarlo; pero es preciso confiar todo el dinero al oficial del convoy.

No podíamos reprimir la risa.

El funcionario encargado de la inspección de libros ignoraba que existiese una obra titulada *El Capital*, y pensó que nuestro amigo quería llevarse á Siberia el dinero de Karl Marx.

El día de nuestra partida se discutió si debíamos ofrecer un recuerdo de algún valor al viejo capitán, y decidimos no hacer nada y guardar el poco dinero de que disponíamos para los gastos del viaje.

Entre los numerosos funcionarios de las prisiones que he conocido, no hay casi ninguno á quien los prisioneros políticos tengan ocasión de manifestarles su reconocimiento. Un penoso accidente ocurrido al fin vino á destruir la buena impresión que guardábamos del capitán y á cambiarla en odio.

Durante los ocho meses transcurridos, pudimos librarnos de llevar cadenas y de ser rasados; pero todo cambió el día de nuestra partida.

Se nos hizo saber que seríamos sometidos á esta doble vejación, porque así lo exigía el oficial puesto al frente del convoy. Nos negamos todos, y los condenados por la vía administrativa se unieron á nosotros en la protesta.

El oficial había ido á tomar la dirección del destacamento: decidimos ir al despacho y hacernos inscribir todos unidos. Los empleados de la prisión vieron que si empleaban la violencia provocarían un formidable escándalo, y recurrieron á la astucia. Parecieron reconocer lo bárbaro de esta costumbre y nos entregaron al oficial del convoy. El destacamento iba á partir, cuando nos advirtieron que si queríamos viajar en coche, era necesario obtener un certificado del médico, pues en caso contrario, los condenados á trabajos forzados haríamos el viaje á pie hasta Siberia.

Sin desconfianza declaramos los tres que estábamos prontos á sufrir la visita del médico. Pero apenas nos separamos de los camaradas, un grupo de carceleros nos tiró detrás de la puerta y nos sujetaron. Quisimos resistir con todas nuestras fuerzas y nos acercamos al muro, dando puntapiés y puñetazos á los carceleros, pero tuvimos que ceder ante el número. Nos retuvieron á la fuerza sobre un taburete, mientras el barbero nos afeitaba la mitad de la cabeza y el herrero nos remachó las cadenas.

El capitán Malchevski asistía á esta operación y daba órdenes. Esto borró de un golpe la simpatía que nos inspiraba, y la despedida fué muy fría.

Nuestro viaje comenzó en un día magnífico. Era á mediados de Mayo, y la primavera había hecho su aparición en Moscou. El sol brillaba en un cielo resplandeciente; todos los encantos de la Naturaleza se desplegaban alrededor nuestro;

pero nuestro pensamiento no estaba en armonía con la belleza exterior.

La mayor parte habíamos preferido hacer á pie el camino de la estación, y nuestro destacamento ofrecía un aspecto bastante extraño: los condenados, con cadenas en los pies y el uniforme gris, marchaban al lado de mujeres y hombres con traje civil. Casi todos eran jóvenes.

Entre las mujeres que formaban parte del convoy, tres seguían por su voluntad á sus maridos á Siberia.

La escena de violencia que acabamos de sufrir nos tenía indignados y seguíamos en silencio las calles solitarias de Moscou, donde los raros paseantes se detenían y los curiosos se asomaban á las ventanas para vernos desfilar. En la estación, á la que llegamos bien pronto, había poca gente; algunos gendarmes sobre el andén, los vigilantes de la prisión y los portadores del bagaje. La policía había formado una barrera y no dejaba aproximarse al tren especial que nos estaba reservado más que á aquellos que iban provistos de una autorización.

Cuando nos instalamos en nuestros vagones, diferentes personas, en su mayoría familia de los prisioneros, vinieron á despedirse de nosotros; pero los gendarmes no les dejaron acercarse y tuvimos que darles el adiós desde lejos.

—¡Seguid bien! ¡Sed felices! ¡No nos olvidéis!— les gritábamos detrás de las ventanas enrejadas.

—¡No perdáis el valor! ¡Hasta la vista! ¡Hasta muy pronto!—nos respondían ellos.

—Cantemos alguna cosa—dijeron los amigos.

Y los que en la cárcel habían organizado un orfeón, entonaron el aire de *El Batelero*, bien conocido en la Pequeña Rusia.

Lentamente el tren se puso en movimiento, y el eco de la melancólica y bella canción se prolongó detrás de nosotros. Nuestros amigos no pudieron reprimir sus lágrimas, sus lejanos gemidos se escuchaban en el tren, mezclados con el ruido de la trepidación de la máquina.

Largo tiempo aún estuvimos agrupados cerca de los hierros de las ventanas para echar la última ojeada sobre Moscou; habíamos ya pasado de los barrios, y nuestros ojos contemplaban con admiración las vastas llanuras que se extendían delante de nosotros.

Cuando el tren se detuvo en la estación siguiente, llena de una gran multitud de aldeanos y obreros, muchos pudieron llegar hasta nuestro vagón y hacernos pasar diferentes objetos.

—¡Tomad esto en nombre de la Virgen!—oí.

A través de la ventanilla, una vieja aldeana me presentaba un *copek*.

—No lo necesito, madrecita; guárdelo usted para otro—respondí yo.

Y sentí cierto consuelo en el corazón ante la bondad de aquella sencilla mujer del pueblo. Este pequeño incidente elevó mi pensamiento á millares de recuerdos, y caí en meditación profunda. Cuanto más nos alejábamos de Moscou me sentía más triste; me parecía que no vería más á los numerosos amigos que dejaba allí; no hablaba con nadie, y mi mirada se perdía en el espacio. Atravesábamos ahora una región industrial. Una multitud enorme llenaba las estaciones y á lo largo de la línea veíamos numerosos grupos de obreros. Mujeres y hombres, con sus trajes de colores abigarrados, se alineaban para ver pasar el tren, diciendo algunas palabras en voz alta y haciendo grandes gestos.

Yo no puedo decir si sabían que éramos presos políticos deportados á Siberia y nos atestiguan su simpatía. Es tradición en el país que atravesamos los desterrados darles todos una prueba de piedad, porque el pueblo ruso llama á estos prisioneros «los hijos de la desgracia».

Al día siguiente, muy temprano, llegamos á Nijni-Novgorod, donde fuimos embarcados en los barcos que debían transportarnos á Perm por el Volga y su afluente el Kama. Nuestro destacamento provocaba la curiosidad de todos cuando nos dirigíamos al embarcadero.

Las parejas de esposos ó novios se daban el brazo; nosotros seguíamos detrás, rodeados de los soldados que nos escoltaban.

Nos tenían señalados dos inmensos camarotes, uno para los hombres y otro para las mujeres; pero nos podíamos reunir todos al aire libre, sobre el gran puente, cuyas barandas, hasta cierta altura, estaban rodeadas de una reja de hierro.

Nos preparábamos nosotros mismos nuestro alimento con las provisiones que habíamos comprado, y no nos podíamos quejar de los preparativos que nuestros parientes y amigos nos habían hecho ni de la ingeniosidad del jefe de despensa Lazareff.

El viaje en barco duró algunos días. El tiempo fué admirable; desde por la mañana hasta la noche estábamos sobre el puente maravillados del espectáculo encantador que ofrecen las orillas del Volga, este rey de los ríos europeos. Por la tarde, al ponerse el sol, nuestro orfeón, en el cual había voces muy notables, entonaba sus cantos preferidos.

Con la cabeza apoyada en la reja del puente, la mirada perdida en el infinito, me dejaba mecer

por el movimiento del barco y por los cantos im-pregnados de una melancólica queja. El barco se deslizaba sin ruido, como arrastrado por la corriente.

Apenas los rayos del sol se ocultaban, las estrellas empezaban á brillar en un cielo sin nubes, reflejándose en el espejo argentado de las aguas. Todo alrededor mío, el río, las estrellas y los cantos, me recordaba otra corriente de agua: el caudaloso Dnieper, á cuyas orillas había transcun-rido mi infancia.

*
* *

—¿En qué piensa usted? ¿Por qué está usted triste?—me preguntó un día una *administrativa*, una joven de veinte años, con la que no había hablado nunca.

La conversación se hizo pronto de las más íntimas entre nosotros. Comprendía mi disposición de espíritu y tomaba en ella una parte muy cordial. Era una criatura bastante extraña, original, excéntrica, pero de una alta inteligencia. Me contó de qué manera se hizo socialista y qué circunstancias particulares la habían envuelto en el movimiento revolucionario.

Como otras muchas mujeres de esta época, la señorita Sanoyloff sentía el deseo de hacer algo por el pueblo, por los aldeanos. ¿Cuándo y cómo? No lo sabía y no encontraba nadie que se lo indicase. Trató de buscarlo en todos los libros que cayeran en sus manos. Luego hizo numerosos viajes á Petersburgo, á pesar de la oposición de sus padres. Esperaba encontrar un hombre que la ayudase con sus consejos en su investigación, pero antes de haber esclarecido las dudas que la

torturaban fué arrestada, y ahora la conducían á Siberia por tres años. Como tantas otras, esta joven de noble corazón había gastado sus fuerzas y destrozado su vida sin poder ser útil, sin encontrar siquiera la satisfacción interior. Era una de las innumerables víctimas de la política de nuestro país. Poco después se suicidó en Siberia.

De Perm á Iekaterinbourg fuimos por camino de hierro. Llegamos á la última ciudad después de un fatigoso día de viaje, y pasamos allí la noche. A la mañana siguiente nuestro destacamento, que se componía sólo de *políticos*, fué conducido en coche á Tiumen, la primera ciudad de la Siberia. Los trabajos del transiberiano habían apenas comenzado, y este viaje, que hoy es sencillo, presentaba entonces numerosas dificultades para partir de Iekaterinbourg. En el momento de nuestra marcha tuvimos con las autoridades locales una discusión, que pudo acarrear consecuencias desagradables á alguno de nosotros.

Se habían preparado cierto número de coches tirados por tres caballos, para transportarnos á nosotros, nuestra escolta y nuestro equipaje. Cuatro prisioneros y dos soldados debían montar en cada coche, que con el cochero hacían siete personas.

Varios jóvenes encontraron que era demasiado y pidieron al capitán Wolkoff, que les acompañaba desde Moscú y á mí desde Kiew, que hiciera montar sólo tres ó cuatro en cada coche y un soldado. Como no había preparados medios de locomoción, el oficial se negó á su demanda, y entonces los jóvenes declararon que no montarían sino á la fuerza. Esto podía provocar un tumulto y tener malas consecuencias.

El comisario de policía vino y declaró que le

era imposible hacer preparar ningún otro medio de transporte, porque el número había sido fijado por la autoridad superior. Una larga discusión tuvo lugar entre las jóvenes *administrativas* y algunas mujeres. Nosotros, los de más edad, creíamos que la cosa no valía la pena de provocar un conflicto, que daría por resultado enviar los jóvenes revoltosos por más tiempo á las regiones solitarias de Siberia, ó quizá á la terrible fortaleza de Schlüsselbourg.

—¿Se niegan ustedes á montar en los coches?— preguntaron Wolkoff y el comisario.

—No subiremos sino empleando la fuerza— gritaron ellos.

—Quedarán ustedes sometidos á un proceso verbal, por desobediencia á las autoridades.

—Pueden hacer lo que quieran.

Entre los revolucionarios se considera como una sagrada obligación la unión de todos contra las autoridades. Aunque en el caso presente la mayoría de entre nosotros no viese motivo para la protesta, estábamos obligados á secundar á estos cerebros exaltados.

Un conflicto parecía inevitable. Varios tuvimos la idea de ensayar si se podía ir bien con arreglo á las órdenes recibidas, y con un poco de buena voluntad siete personas podían ir bien en un coche.

De este modo tan sencillo los protestantes se tuvieron que resignar, aunque murmurando entre dientes.

Apenas llegamos á la primera estación, cada coche no tenía más que seis viajeros; los soldados preferían ir sobre el carro de equipaje, y no quedó más que uno para guarda en cada coche.

Ya durante la travesía del Volga y del Kamá

se habían formado grupos que deseaban continuar unidos en el viaje en coche. Se propuso que se dejara á las damas escoger los caballeros que deseaban las acompañasen. La idea fué aceptada por gran número de entre nosotros, pero encontró numerosos adversarios. Algunos no querían viajar en compañía de las mujeres y se declararon ellos mismos fuera de concurso. Naturalmente, estos *enemigos de las mujeres* eran los más jóvenes de entre nosotros.

El viaje en troika de tres caballos presenta un encanto extraordinario. No se anda, no se corre; se vuela.

Al otro lado del Ural, donde nos encontrábamos ahora, comenzaba apenas la primavera. Todo florecía en torno nuestro; había una exuberancia de vida.

Pasábamos como un torbellino á lo largo de los caminos, levantando nubes de polvo. Los cocheros fustigaban los caballos con la voz y con el gesto, y les impedían dejar el galope.

Al principio no éramos más que cuatro en cada coche, dos hombres y dos mujeres; pero luego nos reuníamos hasta seis; de aquí los cantos, las risas y las conversaciones sin fin. Nos habíamos conocido en la prisión, el trayecto en barco y camino de hierro había confirmado nuestra amistad; el viaje en troika acabó de aproximarnos á todos.

Dejábamos todos los días dos estaciones detrás de nosotros, es decir, recorríamos sesenta *verstas* y no se cambiaban los caballos más que una vez. Se desenganchaba y se enganchaban los nuevos tiros con una rapidez extraordinaria. En tanto que los cocheros se ocupaban de esto, nosotros corríamos por todas partes para comprar

provisiones á los revendedores que se encontraban en el patio de la posta: huevos duros, leche y manteca.

Llegábamos siempre á buena hora á las posadas, antes del crepúsculo, y preparábamos la comida, que hacía á la vez de almuerzo y cena.

Generalmente pasábamos la velada al aire libre. Los unos cantaban, los otros se aislaban en pequeños grupos; algunas veces nos reuníamos todos y se sostenían animadas conversaciones.

Un día, los primeros carruajes se detuvieron bruscamente en pleno campo, lejos de la estación. Descendimos y nos hallamos delante de un poste fronterizo. Era una de esas señales divisorias que han adquirido triste celebridad entre nosotros.

Sobre un lado tenía escrita la palabra *Europa*, al otro la palabra *Asia*.

*
* *

Estamos á comienzos de Junio; un año y tres meses habían transcurrido desde mi arresto en Friburgo hasta el día en que franqueaba por primera vez la frontera entre Siberia y Europa. La vista de este poste, ante el cual tantos centenares de hombres condenados á destierro habían pasado, levantó en mí tristes pensamientos.

Había pasado quince meses en las prisiones de Alemania y Rusia. ¿Cuántos años duraría para mí la cautividad? ¿Vería de nuevo este poste á mi vuelta á Europa ó quedaría enterrado allá abajo, en la Siberia.